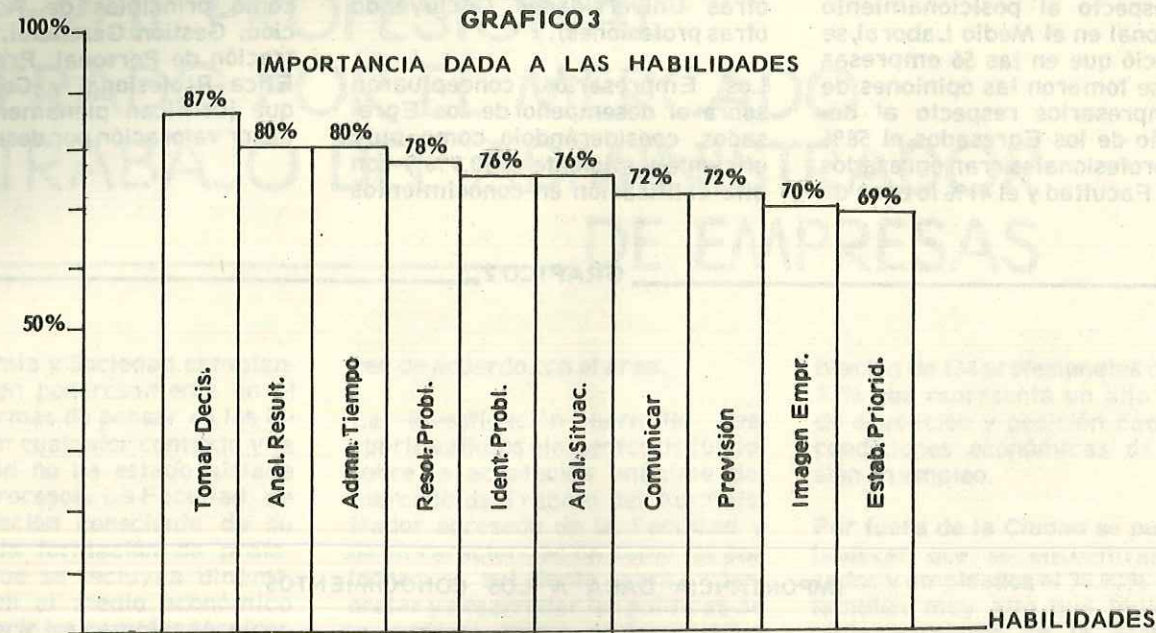
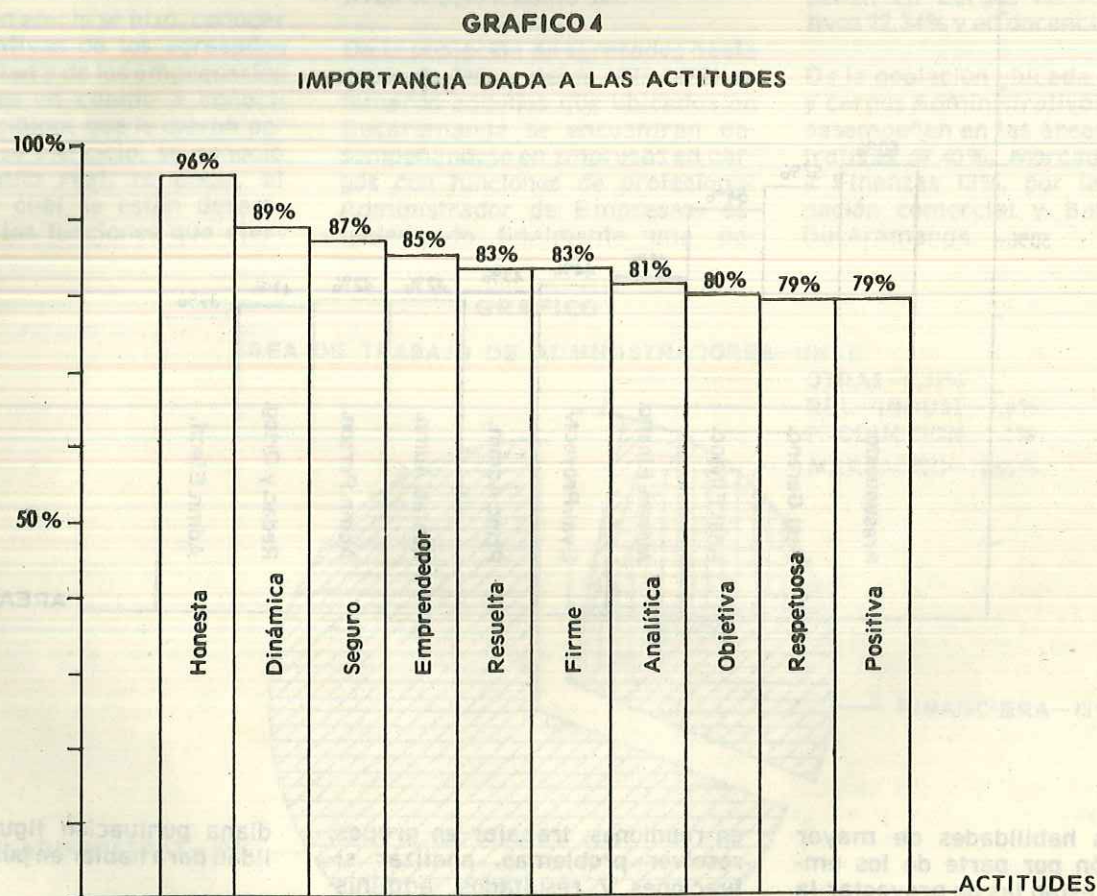


LA INTEGRIDAD EN EL EJECUTIVO

Por: JOSE ENRIQUE DACARETT YAAR



Así mismo calificaron las actitudes profesionales catalogando entre las más altas valoraciones la honestidad 96%, Dinamismo 89%, Seguridad 87%, Emprendedor 85%, Resuelto 83%, Fineza 83%, Analítico 81% y objetivo el 80%.



Esta visión inicial del perfil ocupacional y del desempeño visto por los empleadores afirma los conceptos dados inicialmente y da a los futuros profesionales seguridad de su desempeño.

Conducente a los objetivos de la Revista, he querido compartir con nuestros futuros líderes empresariales de Santander algunos pensamientos que, aunque quizás no sean enteramente míos, son de todos modos tema de formación profesional.

En épocas de crisis esforzamos nuestra imaginación y empeñamos nuestra capacidad analítica para encontrar relaciones de causa y efecto que puedan explicar el porqué de la situación, cuánto durará, cómo se resuelve, etc., con tanta fogosidad cuanto más grave sea la situación. Nuestro empeño merma a medida que la crisis pasa, o más bien, diría yo, a medida que la crisis se resuelve, se transforma y cambia de características y de parámetros para presentarse luego como un nuevo reto.

En efecto, no es necesario un gran esfuerzo para darnos cuenta que la historia de la humanidad, del mundo occidental y de nuestro querido terruño ha sido una larga cadena de crisis y conflictos, grandes o pequeños, propios o ajenos, algunos repetidos y otros que por fortuna, parece al fin aprendimos a evitar.

Crisis y conflicto son y serán entonces componentes naturales de nuestro mundo. El ejecutivo y el empresario capaz debe reconocer y aceptar este hecho y cuanto más temprano lo haga mayores serán sus opciones de actuación.

Toda crisis, todo conflicto requiere solución. Pero para ello se requiere

primero interpretarlo y formularlo como un problema específico y así poder luego darle solución. La eficiencia de ejecución de ese proceso conflicto — problema — solución miden la capacidad del ejecutivo y del empresario. Su actuación eficiente se traduce en aprovechamiento de las grandes oportunidades y ventajas implícitas de toda crisis. El ejecutivo debe ser capaz de reconocer y administrar esas ventajas: de ello depende su éxito.

Pero, ¿qué constituye un "ejecutivo eficiente y capaz"? Ciertamente inteligencia, entrenamiento en técnicas administrativas, aplicación de métodos cuantitativos, madurez y adecuado dinamismo son ingredientes altamente deseables, pero hay un factor aglutinante de todos los anteriores y que actúa como multiplicador de la capacidad ejecutiva. Ese factor lo llamamos INTEGRIDAD profesional y personal.

Integridad no es algo que podamos tomar en sexto nivel, de 10 a 11 a.m. tres días a la semana. Es algo que desarrollamos desde nuestro hogar y que vamos reforzando a todo lo largo de nuestra formación.

Integridad implica ser completos y actuar de acuerdo a nuestras propias convicciones. Ser auténticamente personales y ser siempre fieles a nuestros principios.

Integridad exige dar siempre lo mejor de nosotros, aplicar a plenitud nuestro potencial y capacidades.

Integridad implica consistencia y permanencia en nuestro esfuerzo de superación profesional. Exige sinceridad con nosotros mismos y no decir una cosa y actuar otra. Que nuestra vida personal no contradiga nuestra vida profesional.

No es nada fácil vivir y actuar de esta manera. Podría ser esta la razón por la que los grandes hombres y los ejecutivos notables son tan escasos. Pero bien vale la pena el esfuerzo. La integridad moldea el carácter y da seguridad en sí mismo. Esto induce el desarrollo de liderazgo profesional y nos permite enfrentar cualquier crisis, nos permite explorar alternativas y posibilidades allá donde otros flaquean y se quedan a la espera de su líder.

La integridad proporciona una especial confianza racional que mengua la emotividad. Nos permite permanecer serenos ante situaciones intensas y nos permite soportar los reveses que tarde o temprano todos experimentamos en nuestras vidas profesionales y personales. Esa confianza racional en nosotros mismos toma a veces la forma de una tenacidad inquebrantable que nos propulsa hacia el logro de objetivos grandes o pequeños.

Para el ejecutivo integral, una crisis solo representa la oportunidad de actuar en beneficio de su comunidad para su superación personal. Su vida —y su trabajo— son un emocionante ejercicio de autorrealización.